

Diáspora

el crepúsculo lloraba. Un cielo ceniciento, tupido, cargado de melancolía, pesaba sobre la aldea como una lápida, oscurecía sus callejuelas y desdibujaba las fachadas de las moradas.

Betty se retorció entre dolores y llantos. La habitación era como una mancha desteñida, que se parecía a la orilla de la mar cuando se enturbiaba y se aferraba a las rocas del acantilado. Un firmamento encapotado turbaba la soledad. Todo era frío, tristeza, piedras de fachadas enmohecidas, tejados chorreando el aguacero, ventanas vaporizadas y puertas curtidas por la humedad. Betty se decía así misma que cuanto más grande era un hombre, tanto mayores eran sus pasiones. No había transcurrido ni un instante, cuando el anochecer se desprendió súbitamente, sin la mutación del atardecer, como si irreflexivamente se hubiera ahogado la luz del día. En aquella aldea los minutos eran largos, pero los días cortos. El chaparrón hostigaba y el frío era ahora más vivo. Transcurrieron varias horas antes de que la tormenta detonase. Al atardecer el cielo empezó a cerrarse rápidamente, poco después una amenazante masa de nubes plúmbeas voló sobre Gortmore y disminuyó la visibilidad, hasta anteponer el horizonte ante sus propias narices.

La comadrona juraba en gaélico. Una repercusión sorda lo dominaba todo, y las salobres aguas del puerto abordaban al rompeolas. Era el temporal que arrollaba con furia ciega, arremetiendo de costado a las embarcaciones. La mar esta vez traía más ira que nunca, a causa, sin duda, de que los barcos pesqueros la habían engañado, alcanzando la protección del puerto, cuando parecía que estaba a punto de tragarlos; las fauces coléricas de la mar arremetían con rabia desmedida contra los espigones de aquel nido de pescadores. Todo el malecón era azotado por olas gigantescas, la mar llegaba hasta las primeras insolentes casas y alardeaba de su poder, las inundaba solicitando su partida de nacimiento. “Noche de perros”, dijo la comadrona como queriendo ahuyentar la soledad y el silencio, cogió el bebé en sus manos y sentenció: “Bienaventurados los que nada esperan, porque nunca quedarán defraudados”. Se levantó y sus pies descalzos se deslizaron lentamente por el oscuro pasillo. Con su mano acariciaba la fría pared trazando su rumbo en la penumbra, la sensación de estar sola la embriagaba y la hacía verse desde una perspectiva ajena a ella misma, como si fuese otra persona quien recorría aquella silenciosa y desconocida casa. Llegó a la pequeña cocina iluminada tan sólo por una tenue luz; necesitaba los tonos grises que la oscuridad le ofrecía. Abrió el grifo, mojó sus manos y sus brazos con el agua helada que golpeaba el pilón de piedra y retumbaba en la silenciosa cocina como en una nueva dimensión. Se secó las manos, refunfuño y le pidió a Edward que se acercase a la taberna ya que allí no pintaba nada.

Uvían en la casa que perteneció a la madre de Betty, estaba en el altozano a casi una legua del pueblo. Edward sacó el caballo del establo y ambos subieron a su grupa. Apresuraba el paso cuando despuntaron los primeros fognazos de los relámpagos y tras el trueno, en un santiamén, la galerna comenzó a disparar su ira. El agua de poniente avanzaba en persistentes ráfagas, remos y truenos invadieron el litoral, Edward casi no podía vislumbrar el camino, azuzó al caballo y corrió a cobijarse bajo una oquedad en el declive rocoso del litoral; allí ni todos los ojos ce-



José Enrique Canabal Barreiro



Un firmamento encapotado turbaba la soledad. Todo era frío, tristeza, piedras de fachadas enmohecidas, tejados chorreando

descabalaron y cuando la comadrona aferró el asidero de la puerta, un relámpago se ahogó en las aguas y la mente de Edward se sumergió en un mar de dudas. El suelo de la taberna era de cemento esmaltado por la suciedad y por los restos de espuma de cerveza negra. Las paredes encaladas mostraban los ladrillos a través del estuco, la suciedad le daba diversos tonos grises, que conformaban mapas y figuras imaginarias que hacían a aquella noche de lo más inquietante. Sobre la pared de la izquierda colgaban dos viejos almanaques, muy manoseados. Una tosca barra protegía a un viejo cantinero, de pelo sebo, uñas sucias y nariz aguileña. Detrás de una estantería cubierta por una tela, a la que la suciedad y la grasa la habían teñido de un color indecible, se ocultaban los ultramarinos que se despachaban durante el día. En un extremo, la báscula vigilaba a los parroquianos. La luz emanaba de un color mortecino en el que parecían diluirse las conversaciones; el humo de las



Últimos libros del autor:

- Marea Baja
- El Vidente
- Luna de hojas muertas
- Rescoldos

<http://www.joseenriquecanabal.com>

pipas de los lobos de mar y el humo de la estufa embozaban a los paisanos.

decidió enfrascarse mirando aquel paisaje por última vez, se marchaba de Irlanda. Habían transcurrido tres años desde la muerte de su amada Betty, el niño crecía robusto, se parecía a él, tenía el semblante del clan de los Morgan. Las tierras y la casa las había vendido a buen precio, con el dinero se compró el pasaje a Nueva York y le sobró algo para los primeros días en América. El trayecto de Gortmore a Galway transcurría por una tortuosa carretera, los casi cuarenta kilómetros que separaban el pueblo de la capital del condado, estaban coronados por espléndidos acantilados, al caballo le llevaría más de dos horas en recorrerlos. En aquella soleada mañana de otoño, el sol se mostraba alegre, el verde de los prados resaltaba con el festival de ocre que presentaban los árboles, proporcionando al paisaje una calidez que contrastaba con la helada agua del mar, se detuvo para retener en su retina aquel inolvidable paisaje. Aquella imagen, con su hijo en el regazo, ya nunca se borraría de su mente, siempre le acompañó y en los momentos difíciles, le daba fuerzas para seguir luchando. Aunque a veces hallaba tan grande la miseria que temía necesitar de ella.

Cuando llegaron a Galway la tarde comenzaba a caer, los rayos de sol apenas atravesaban las nubes que llegaban del Atlántico cargadas de lluvia, la tenue luz se esparcía por la ensenada y difícilmente se podía distinguir el contorno de la costa, al fondo, entre suaves montañas, el cielo se mostraba de un gris amenazante. La tarde tenía ahora ya un color sombrío y amenazaba una noche sin suspiros. Olía a sal y a brea; al fondo divisó una cortina de lluvia que avanzaba, pronto diluviaría a cantaros, el resplandor de las tenues luces de los barcos del puerto iluminaban las rachas de agua, que brotaban torrenciales del techo estelar, la mar rompía violenta contra el espigón y oleadas de espuma azul se esparcían por el muelle y se confundían con la lluvia, que furiosa repiqueteaba contra los charcos. Levantó la cara y dejó que el agua le cegara y discurriera libremente por sus mejillas, quería que aquel instante se grabara en su corazón. El frío y el recuerdo de Betty solidificaban su rostro y un gusto salobre sellaba sus labios.

El niño comenzó a llorar, tiritaba de frío, Edward decidió buscar una posada para pasar la noche, a la mañana siguiente embarcaría en el Liverpool, un viejo carguero reconvertido para llevar pasaje en sus sollados. Llovía sin parar, con rabia. El viento aullaba fuerte del nordeste, era muy húmedo, amenazaba tormenta y las gaviotas volaban haciendo órbitas sobre la aldea, sin aventurarse a salir a la mar. Había luna nueva y con ella llegaban las grandes mareas, los marineros conocían que el viento del noroeste siempre enfriaba las aguas, al mismo tiempo que les traía lluvias. En ocasiones como aquella, provocaba los grandes temporales del invierno, atraía hacia la costa los bancos de pesca, pero los barcos estaban de arribada y no podían salir a la mar a pescarlos. El clima sellaba sus vidas. En la aldea había muchas viudas y huérfanas, ataviadas de negro, llevaban desde que las engendraban el luto, que la mar demandaba ávida de tributo, bien por su padre, por un hermano o por el marido, o por algún hijo, o por todos, si vivían lo suficiente. Los hombres no nacían cuando sus madres los parían, sino cuando lograban cumplir sus sueños y en aquella aldea, muchos nunca lo lograban.